



## “El español del futuro será el de Estados Unidos”

El coordinador de Fundéu Alberto Gómez Font dice en esta entrevista que el español debe ser usado y alimentado con libertad dejando a un lado los purismos y las verdades absolutas. Una mayor tolerancia hacia los cambios que surgen del uso mismo de la lengua generarán un español más auténtico y realista, sostiene el filólogo.

—En su libro *Donde dice... debiera decir*, usted escribió que es preferible pasar del purismo a la tolerancia. ¿Qué implica esa decisión?

—Se trata de una decisión lógica, de un proceso natural que surge de forma espontánea cuando se llevan muchos años trabajando en cuestiones relacionadas con el buen uso del español. Al principio, cuando se es joven y se sale de la universidad, se tiende al purismo, a las verdades absolutas, a lo simple: esto está bien y esto está mal. Y se critican los malos usos, casi prohibiéndolos, sin tener en cuenta si estos están ya asentados entre los hablantes, que son los únicos propietarios de la lengua y los únicos que deciden los cambios. Cuando uno se va dando cuenta de eso deja de ser tan estricto y su visión del uso del español se va abriendo y se hace más amplia, basada, cómo no, en el conocimiento de la norma culta, pero sin dejar a un lado el uso de los hablantes. Por ejemplo: en todos los libros y manuales de estilo se advierte de que la construcción «en base a» es incorrecta y se dice que en su lugar hay que usar «basado en», «con base en», «basándose»... Y yo me pregunto: ¿Hasta cuándo seguiremos diciendo que «en base a» es incorrecto? ¿Sirve para algo tener en cuenta el uso sólo con el dato de que en la internet hay 28.200.000 documentos donde aparece esa expresión? ¿Podemos obviar que en el Corpus de referencia del Español Actual (banco de datos de la Asociación de Academias de la Lengua Española) hay 1.255 documentos con «en base a»?

—¿Las diferencias entre el español de España y el de América Latina son cada vez mayores o todo lo contrario?

—Todo lo contrario, son cada vez menores. Bueno... la verdad es que se mantienen muchas diferencias, no sólo entre el español de España y el de América (incluyo a los Estados Unidos), sino también entre el de los países americanos; pero estamos viviendo, desde mediados del siglo XX, y cada vez con mayor inmediatez, un intercambio de información en español que nuestros abuelos no podían imaginar, y ese intercambio tan rápido hace que las diversas formas de hablar en nuestra lengua común vayan de un sitio a otro y poco a poco nos suenen conocidas a todos los hablantes. A ello hay que añadir el abaratamiento de los viajes, los flujos migratorios de América hacia España y otros factores como la aparición de la internet y de los *chats*; ahí el intercambio es cotidiano.

También ha sido muy importante la labor de las telenovelas en ese intercambio de diferentes formas de hablar en español en los distintos países de América y a ambos lados del Atlántico.

—¿Cuál es el límite para el uso de extranjerismos en nuestro idioma?

—No conozco ese límite, es más, no tengo ninguna noticia de que exista, de que alguien lo haya establecido, y si no lo han hecho supongo que es porque no se puede, ni se debe... Ese límite no existe como tal, aunque los hablantes sí podamos percibir cuándo es necesario —y por lo tanto es lícito— un extranjerismo y cuándo no lo es y se trata sólo de un esnobismo. Nuestra lengua, como todas

las grandes lenguas internacionales, se nutre, cuando hace falta, y también por meras modas, de palabras provenientes de otras lenguas, y ello sucedió desde el principio, desde que se estaba formando. Además, muchos de los extranjerismos que importamos se adaptan rápidamente a nuestra ortografía y morfología. Así, del inglés *scanner* sacamos nuestro *escáner*, del francés *consommé* surgió nuestro *consomé*, y del italiano *spaghetti* hicimos nuestros *espaguetis*, junto con otras palabras tomadas de lenguas con otros alfabetos, como el árabe o el griego.

**—Usted ha hablado acerca del poder del español en relación con la posibilidad de que sea la lengua más hablada de los Estados Unidos. ¿Cree que los estadounidenses comparten esa visión o la sienten más como una amenaza?**

—Depende de qué estadounidenses... Lógicamente, si nos referimos a los estadounidenses anglófonos, podemos intuir que para ellos ese crecimiento del español en su país puede percibirse como una amenaza, pues perderán su hegemonía, la hegemonía del inglés. Pero si pensamos en los estadounidenses de origen hispano la cosa cambia, y mucho, pues si ellos llegan a ser mayoría y con ellos la lengua española llega a ser la más hablada en ese país, y ese país sigue siendo tan poderoso, nuestro idioma tendrá un horizonte que hoy no podemos imaginar...

**—¿Qué destino cree que puede tener el *espanglish*? ¿Será admitido como lengua?**

—Lo de "ser admitido" como lengua o no serlo es un concepto muy borroso. ¿Quién o quiénes son los encargados de admitirlo o de rechazarlo? ¿Hay alguna institución oficial de ámbito mundial que admita a una lengua y diga que existe como tal a partir de ese momento? ¿Cuándo una jerga o un dialecto pasan a la categoría de lengua? Mi visión del *espanglish* (también llamado *pocho* en California) arranca de la simpatía: me gusta esa forma de comunicarse de muchos hispanos de los EE.UU. y de casi todos los británicos de Gibraltar (aunque allí no se llame *espanglish*, sino *llanito*); me gustaría poder hablar como ellos, y sobre todo tener la agilidad suficiente en las dos lenguas que se mezclan —español e inglés— para poder cambiar de un código al otro de forma espontánea. Que llegue o no a ser una lengua dependerá de que llegue a tener su propia gramática, con normas ortográficas, morfológicas y sintácticas que expliquen cómo funciona. Entonces será una lengua; mientras tanto no lo es, pues hay múltiples variantes muy diferentes entre sí,

---

"Los jóvenes son muy creativos y tienen un sentido lúdico de la vida que se refleja en todas sus actividades, y sobre todo en su forma de comunicarse, y eso no puede ser negativo."

---

según el origen de los hablantes, y no hay un *espanglish* que sirva de modelo de esa supuesta lengua.

**—¿Será posible mantener la unidad lingüística en un continente como Latinoamérica que contiene países con realidades tan diversas?**

—No sólo será posible, sino que será imposible lo contrario, es decir, la fragmentación del español de América y la consiguiente aparición de distintas lenguas nacionales. Hace bastantes años sí se pensó en ese peligro de fragmentación, pues con las independencias de las nuevas repúblicas americanas se pensó que surgiría también un divorcio lingüístico respecto de la metrópoli, pero no fue así, y no lo fue en gran parte gracias a la aparición de las academias de la lengua española y a la fijación, por común acuerdo, de una ortografía única para todos. Hoy ese divorcio es del todo imposible; las comunicaciones, cada vez más rápidas entre todos los países hispanos, lo impiden. Y se tiende, más bien, a la unificación.

**—¿Cree que las jergas o el argot utilizados por jóvenes de todo el continente contribuyen al enriquecimiento de la lengua o a su degradación?**

—Reitero que ya no soy purista; ahora me interesa cualquier manifestación de nuestra lengua y no considero mala a ninguna, siempre, eso sí, que se utilice en su contexto. Los jóvenes son muy creativos y tienen un sentido lúdico de la vida que se refleja en todas sus actividades, y sobre todo en su forma de comunicarse, y eso no puede ser negativo. Toda novedad enriquece el caudal lingüístico, si bien muchas de ellas son efímeras, pasan de moda, y muy pocas se asientan para siempre en la lengua general.



—Los periodistas suelen ser acusados masivamente de maltratar el español. ¿Usted comparte esta apreciación?

—No, no la comparto en absoluto; creo que eso es falso y que esa masa acusadora no conoce bien la labor de los periodistas. Ocurre lo contrario: no sólo no maltratan al español sino que son ellos quienes difunden la norma culta de nuestra lengua y la hacen llegar a todos los hablantes; su labor es muy importante y debemos ver en primer lugar todo lo que hacen bien y no fijarnos solamente en los errores (pocos) que cometen de vez en cuando. Es muy fácil ponerse a coleccionar errores, como hacen quienes critican a los periodistas, pero nadie dice cada cuánto se equivocan y cada cuánto aciertan, nadie contabiliza qué tanto por ciento hay de errores en el caudal de palabras y de frases que usan los periodistas en su trabajo, y si alguien lo hiciera podríamos comprobar que ese margen de error es muy bajo. Ocurre, eso sí, que los errores que cometen los periodistas se ven mucho más que los que comete un novelista o un ensayista, pues están a la vista en los periódicos que leen millones de personas, las mismas que también oyen esos u otros errores en la radio y la televisión, y por ello los periodistas deben tener un cuidado especial y tener muy en cuenta su labor de maestros, de modelos en el uso del español.

—En muchos periódicos la figura del corrector está siendo desestimada y reemplazada por la del corrector electrónico. ¿Cómo imagina el futuro de la corrección de textos en los medios?

—En efecto, cuando llegaron las máquinas procesadoras de textos en cuyos programas venían incorporados los sistemas de corrección automática lo primero que hicieron en muchos medios de comunicación fue prescindir de los correctores; mas al pasar el tiempo se fue comprobando que esos programas automáticos no cumplen las funciones de una persona que conozca bien el oficio de revisor y corrector de textos y ello ha hecho que, poco a poco, se vuelva a contratar a esos especialistas y a formar equipos de corrección en los periódicos, radios y televisiones.

—¿Ya podemos hablar de un nuevo español surgido del chat, sms, twitter, entre otras nuevas formas de comunicación electrónica?

—No creo que se trate de un nuevo español; más bien se trata del español de siempre, del español del siglo XXI, adaptado en cada caso a un nuevo registro, a una nueva realidad comunicativa; pero la verdad es que no hay nada nuevo bajo el sol en lo que a esas formas de comunicación respecta, pues se trata simplemente de abreviaciones y acortamientos y esos procesos ya estaban inventados, aunque con distintos códigos.

—¿Qué opina del español neutro utilizado por las cadenas de televisión? ¿Le parece forzado o es un mal necesario?

—Me gusta mucho ese español, tanto que hace unos meses, en junio del 2009, encargué –junto con dos profesoras universitarias de Madrid– que me armaran un curso a la medida para aprender algo de esa forma de hablar y de locutor. El curso fue fantástico; se desarrolló en Buenos Aires, en una academia especializada en entrenar a actores de doblaje y a locutores de publicidad, y durante una semana recibimos lecciones prácticas hasta casi (fue muy poco tiempo) llegar a dominar ese acento. Allí mis compañeras y yo nos dimos cuenta de que ese español neutro toma como referencia al español de la ciudad de México y lo suaviza hasta convertirlo en un español de ninguna parte, de tal forma que nadie pueda averiguar de dónde es el que habla con esa tonalidad.

Y sí, se trata de algo forzado, de algo no muy natural, pero no es un mal necesario, sino un bien necesario, pues con ese español se consigue que los doblajes sir-

van para todos los países hispanohablantes y para los Estados Unidos, aunque la verdad es que en España no se reciben muy bien...

**—¿Cómo evalúa la recepción y el uso que ha tenido el *Diccionario panhispánico de dudas*?**

—Muy positiva. Aunque ha habido muchas críticas por parte de algunos especialistas, la verdad es que ese diccionario fue muy bien recibido y actualmente es uno de los más consultados por quienes nos dedicamos a cuestiones relacionadas con el uso del español. Además, la posibilidad de consultarlo gratuitamente en la página de internet de la Real Academia Española hace que sean muchas las personas que lo utilizan cada día. Yo participé en su redacción como colaborador en todo lo relacionado con topónimos y gentilicios y también tuve bastante relación con el nacimiento de ese diccionario, pues la idea surgió en el I Congreso Internacional de la Lengua Española (Zacatecas, 1997) y la pusimos sobre la mesa el periodista Álex Grijelmo y yo cuando presentamos nuestra propuesta titulada «Proyecto Zacatecas» (puede verse en la internet en la página del Instituto Cervantes, en la sección dedicada a los congresos de la lengua), que consistía en la redacción de un libro de estilo común para todos los medios de comunicación en español. De ahí surgió después el *Diccionario panhispánico de dudas*, y una de las primeras propuestas tras su publicación fue la de que los medios de comunicación en español —de América y España— firmaran un acuerdo de compromiso con la Asociación de Academias de la Lengua Española para seguir todas las indicaciones del nuevo diccionario de dudas. Es un buen diccionario, que necesita, como toda primera edición, una revisión y una consiguiente corrección y actualización, labores que ya están en curso y en las que también he colaborado con gusto.

**—¿Cómo imagina el español del futuro? ¿Tendrá términos chinos, por ejemplo?**

—Mientras no tengamos que escribirlos en chino bienvenidos sean todos los términos chinos que nos hagan falta o que nos guste cómo suenan. Es muy difícil prever de dónde nos llegarán los préstamos léxicos —préstamos que nunca devolvemos— dentro de cien o de doscientos años; de momento está claro de qué lengua nos llegan, a nosotros y a todas las otras lenguas de cultura. Me imagino el español del futuro muy parecido a un español del presente: el español que se está forjando hoy, día a día, en los Estados Unidos de América. Un nuevo coctel, un español nuevo, producto de la mezcla, a ser posible en una coctelera de plata, de lo mejor de cada una de las variedades de nuestra lengua que llegan a ese país en la boca y el corazón de los emigrantes hispanos. De la misma forma que el inglés del futuro (quizá también el del presente) es el de los Estados Unidos, el español del futuro también será el de ese país.

## Alberto Gómez Font

Es filólogo y escritor español. Ha trabajado en la agencia de noticias EFE y actualmente es el coordinador general de la Fundación del Español Urgente (Fundéu), institución fundada en 2005 y cuyo objetivo es coordinar y unificar los criterios sobre temas lingüísticos, especialmente en los medios de comunicación.

En EFE, Gómez Font fue uno de los pioneros en crear el foro "Apuntes", que reúne hoy a más de 300 profesionales e interesados en el idioma castellano: correctores, redactores, periodistas. El mismo se ha constituido en un puente entre americanos y europeos para el intercambio y la discusión de cuestiones lingüísticas.

Es coautor del *Manual de español urgente* (libro de estilo de la Agencia EFE) y del *Manual de Estilo* de la Asociación Nacional de Periodistas Hispánicos (NAHJ) de los Estados Unidos y autor de *Enviar. Manual de estilo del correo electrónico* y de *Donde dice... debiera decir. Manías lingüísticas de un barman corrector de estilo*.